El tesoro de Sechín

Por: Duende Verde

Escribo el siguiente informe sobre ciertos hechos ocurridos en un lugar lejano, tal y como se acordó la noche del 24 de agosto del año 1795, por encargo del Marqués Juan Cristóbal de Sepúlveda, situación apresurada en la cual fui encargado de ser cronista y traductor de la expedición que organizaba desde el verano pasado, con el destino de unas ruinas ocultas, misteriosas y anfitrionas de cierto tesoro incomprendido.

Hace falta que refiera brevemente algunas cosas de mi persona, tanto como del Marqués, de modo que sea posible, comprender la extraña historia que re-compongo ahora, bajo la lámpara que se va extinguiendo, mientras paso a limpio los folios de mis apuntes, al tiempo que revisito los momentos más importantes del último año y que han sembrado pesadillas perturbadoras en mi –ahora- esquivo descanso.

Mi nombre no pasará a la historia, y mi apellido no es uno que valga. Soy escriba, traductor y bibliotecólogo por inercia. Yo nunca hubiera querido dedicarme a ser transcriptor, pero fui obligado por presión familiar a dedicarme a las letras, aunque mi vocación fuera la carnicería. Estudié arduamente el oficio de traducción y caligrafía, especializándome en tantos idiomas como me fue posible. Mi notable virtud y facilidad para el oficio me trajo dicha y prosperidad, aunque a cambio, vivía una vida insípida, algo aburrida, y transcribiendo las aventuras de otros en el nuevo mundo, tenía que contentarme con sólo los estímulos de la imaginación. Por otro lado, el esfuerzo de mi oficio me otorgó una flexibilidad para las lenguas muy sagaz, así como una memoria inusitada y muy precisa.

En los últimos meses antes de enfrascarme en este entuerto que estoy por relatar, de muy mala gana aceptaba un trabajo, salvo cuando la familia empezaba a padecer de hambre. Mi esposa me acusaba de idealista, pero nunca se quejó del padre de familia y marido que fui mientras estuve con ella. Todo esto antes de mi abrupta partida. No puedo culparla, pero he jurado volver y traerla a un rincón del fin del mundo conmigo. Al dejar la ciudadela gentil de Alcábalia, me prometieron que cuidarían de ella y los míos. Sé que habrán cumplido con la promesa, del mismo modo en que yo cumplo con la mía, al relatar lo sucedido en la expedición a cierta pirámide-ciudadela en la que se erigía un templo milenario. Originalmente mi contrato era seguir al pérfido Marqués y acumular experiencia sobre sus hazañas: pero nunca acepté comprometer mi sanidad mental a cambio de ningún beneficio para mi humilde familia.

Ahora, desde el exilio, puedo confesar, que, aunque fui criado como cristiano, siempre padecí de cierto escepticismo, y luego de observar las aventuras del Marqués, mis conceptos religiosos se han visto expandidos, por cuanto la magia de nuevos mundos, ofrecen nuevos horizontes para lo desconocido. Al mismo tiempo, la insignificancia de lo humano, crece en intensidad o sentido cuando, por contraste, se contemplan sublimes horrores del universo natural.

Desde que me enteré del asunto turbio que el adinerado noble maquinaba, me vi intensamente atraído hacia la empresa heroica que planeaba aquel visionario Marqués, pero algo que intuía en lo profundo me contenía en el arrebato. Era en verdad, él, todo un personaje pintoresco; Aunque tenía rasgos admirables y de alta solemnidad por la investidura de su nobleza, al mismo tiempo, incurría en arrogancias e impulsos irrestrictos que le estimaban la fama de agudamente caprichoso.

Al Marqués de Sepúlveda, nadie podía decirle nada por el peso de la sangre que corría por sus venas, y su notable influencia en las cortes de la provincia de Alcábalia, así como sus poderosas y cercanas amistades clericales. La fortuna familiar de su escudo era vasta y gran parte de sus acreciones incluían porciones importantes de las minas de plata del alto Perú, dos centésimas de la flota real y un botín variado de las colonias que excedía las doce mil coronas y que había sido saqueado sin conocimiento de la realeza.

Era muy bajo de estatura y cuidaba de un irregular bigote que terminaba en puntas que alternaba hacia arriba o hacia abajo, de acuerdo a la posición en que dormía. Solía tomar un baño anual, pero era frecuente que lo saltara, si le apetecía, a cambio, por ejemplo, explorar su colosal biblioteca. Vestía siempre los colores de su familia, el rojo y el granate. Aunque diariamente intercambiaba abrigos lujosos, lo cierto es que siempre mantenía por debajo la misma camisa y pantalones que usaba para dormir.

El Marqués de Sepúlveda era mecenas de unos esclavistas poseedores de ciertos músicos y coro que presentaba sus artes cada luna llena en un auditorio que se había reconstruido de los tiempos de la Roma senatorial. La característica excepcional de los exóticos artistas era su salvaje origen: venían del Amazonas.

Las esposas de los grandes señores solían temer de los indios sin cadenas, pero guardias con arcabuces y estoques plateados se plantaban en cada columna del anfiteatro, asegurando la paz de veladas en la que el único descontrol provenía del Marqués.

Todo esto me lo han contado sus criados, debido a que, como es lógico, un escriba como yo no tendría ni por fortuna el acceso a congregaciones de tan alta alcurnia, pero no me cuesta creer cuando me refieren que el Marqués de Sepúlveda, ebrio hasta el tuétano, exclamaba a viva voz desde su acomodamiento en un palco, para que repitan cierto canto misterioso. Estaba obsesionado con él y todos se saturaban de las mismas palabras y tonadas profanas de su ritmo febril.

El canto de los amazónicos hablaba de hermandades de indios y sus relaciones con dioses de todo tipo, especialmente las que se entablaban con una serpiente que habitaba cavernas subterráneas. Se coreaba acerca de un cierto indio con cabeza de jaguar que acompañaba los ritos, y por alguna extraña razón, este hecho singular fascinaba al intoxicado Marqués.

Se me empezó a develar lentamente todo este horizonte, un día que ya no puedo olvidar. La noche del 24 de agosto de 1795 se me convocó a cierta Iglesia, en alguna sección profunda del claustro exterior, para un trabajo inicial que derivaría en mi aceptación de un contrato del que me arrepiento, pero que en ese momento prometía mayor bienestar para mi familia del que podría proveer en diez años, además de un elemento que se me hacía irresistible: la aventura en lo salvaje del nuevo mundo.

El tablón de oficios y labores estipulaba que se buscaba traductor del latín al castellano, debido a que cierto documento sin especificar necesitaba ser decodificado. Como yo podía realizar el trabajo sin ningún problema y me encontraba desocupado, atendí al extraño edificio de la época de las cruzadas, que alguna vez ocuparon los moros, pero que fue reconquistado. La iglesia mayor de Alcábalia era imponente y alcanzar mi destino para la reunión requirió de la orientación de dos monjas, un fraile y algún niño perdido.

Por fin encontré un salón amplio, de arquivoltas ornadas con ángeles de aguda mirada y caído semblante. Grandes sellos desconocidos adornaban las paredes y el eco de la estructura amplificaba cada movimiento, por menor que fuera. Creí reconocer que nos encontrábamos en un ala extendida del templo original, de ocupación musulmana, en donde habían establecido hace siglos una mezquita que había sido víctima de la artillería.

En una mesa del salón oscuro de techo alto y arquivoltas de ángeles observantes me esperaban tres sujetos. Uno se veía como un fraile de sotana púrpura y aunque sencilla, muy elegante. Otro era un gentilhombre de apellido Garcés y se presentó falsamente como el interesado en mis servicios, restando, finalmente, al Marqués de Sepúlveda que me observaba inquisitivo sin pronunciar palabra.

Dije entonces que estaba a disposición de las nobles mercedes que me interpelaban en ese amplio y sonoro recinto oculto de la iglesia. Mientras mi voz retumbaba, sentía que alguien más nos escuchaba, o que por lo menos, podría hacerlo gracias al volumen con que resonaba mi cortesía.

Entonces el bienaventurado Garcés me preguntó qué tan fluido podía hablar en latín, frente a lo cual el fraile me exclamó una frase religiosa a medias que yo rematé por instinto mecánico, más que por traducción concienzuda. La sonrisa de mis inquisidores me indicaba que les satisfacía mi equívoco nivel de naturalidad con la lengua clásica. Se me hicieron preguntas diversas, sobre mi familia, sobre mi disponibilidad, sobre mi reserva o capacidad para la discreción, y, lo que más me perturbó: sobre mis verdaderos sentimientos religiosos, frente a lo cual, me vi en la obligación de mentir, para salvar la vida, como era recurrente.

El Marqués, que hasta entonces no había dicho nada, se puso de pie y tomó una lámpara en su mano firme. Refirió con una solemnidad que me sorprendió, que nada de lo que yo me enterase del documento a traducir podía saberse públicamente, salvo cuando la empresa haya concluido y que podía ser muy persuasivo para delimitar tales restricciones.

Personalmente, en ese momento, no entendía de qué empresa me hablaba, y no estaba seguro de si estaba siendo amenazado, o exhortado a conducirme ante una impiedad. Sin embargo, sin pensarlo, asentí y juré que nada de lo que yo transcriba permanecería en mis pensamientos, y tal era el código de los escribas. Cosa que, por supuesto, no era, ni es verdad, pero el fraile no me quitaba la mirada de encima y yo debía argumentar cierta solidez que me favorezca en virtud de la convicción que me beneficiaba con el sustento. La verdad era que mi memoria prodigiosa podría recordar cada rincón de los párrafos, siempre y cuando yo los escribiese al menos una vez con tinta fresca.

Entonces, con la lámpara en mano, el Marqués dio unos cortos pasos en el cuarto e iluminó una mesa en donde me esperaba un largo papel enrollado, una pluma y tintero, además de un libro de un cuero extraño, con materiales cuestionables en su conformación. Todo dispuesto de antemano en un escritorio. Yo pensaba tomarme unos meses en la labor: ¡Y estos zorros me entrampaban en un recinto en el que no me podía negar!

Desde que trabajo frecuentemente con libros, no puedo dejar de confesar que soy un fanático obsesivo de su singularidad, historia y naturaleza; este folio me atraía por alguna razón. El cuero en que había sido empapelado no pertenecía a algún animal que yo conociera, o que supiera, cuando menos, que podría servir para empastar documentos. Algo perturbador me era esquivo, sobre aquel condenado libro.

Leí entonces el título en voz alta: *De secretis fratrum Thar.* El eco de mi pronunciación se sostuvo en el aire, como si ciertas frecuencias hubieran interpelado a la geometría de las viejas arquivoltas labradas. Juraría entonces que cuando me asomé a verlas, los ojos de los ángeles me observaban y se me antojaban entonces como demonios malsanos de cualquier pesadilla. El fraile de túnica púrpura me miraba severo, como ofendido por haber pronunciado tales palabras en un santo recinto.

El Marqués, con una sonrisa, me indicó que conocía el título y buscó entonces cierto pasaje que tenía marcado con un lazo de tela con figuras geométricas. Era una sección escrita por un monje desconocido, que no había reclamado autoría por su crónica y el documento, gracias a mis facultades de oficio, lo puedo reproducir íntegramente, tal y como lo escribí para el bizarro Marqués de Sepúlveda. El texto decía lo siguiente.

*Apartado 328: De cómo se contactó a los caníbales del cerro Sechín y nos deshicimos de una piedra en el zapato.*

*A continuación, nos reunimos todos en aquel valle de frondoso verdor y nos encaminamos a cierto altar de deidades paganas que ofrecían pescado crudo a un dios de intraducible concepto. Le preguntamos al enviado de la hermandad de los Thar, (que guardaba y preservaba ciertos mitos ocultos de los indios salvajes), sobre alguna información de tan extraño sacrificio, pero el anciano se negó a explicarnos nada más que el pescado era para un dios Jaguar muy respetado y temido por los locales.*

*Al llegar el mediodía, como se había acordado, desarmados, se presentaron los emisarios del pueblo Sechín, que a cambio de algunas baratijas se mostraron amigables, aunque se nos advirtió que no debíamos confiarnos, puesto que eran desalmados y devoraban a sus enemigos, o que podían despedazar a sus víctimas con las simples manos y cada vez que reían, efectivamente, dejaban ver unos dientes afilados más parecidos a los de un felino, que a los de un hombre gentil.*

*Los indómitos se mostraron celosos al hablar por el tesoro, pero gracias a la ayuda del enviado de la hermandad de los Thar, se logró saber que para los de Sechín, el tesoro representaba, antes que una entidad material y concreta, la condición especial que obtenía cierto individuo, en pos de la labor de su virtud, o bien, por el designio directo de los dioses, pero al margen de eso, el tesoro era, antes bien un suceso o facultad pasiva, en lugar de aquellos objetos dorados que los conquistadores buscan.*

*También supimos que eran una sociedad sacrificial, por lo que resolvimos algo que nos beneficiaba mucho en nuestros planes: le regalamos a los nativos al hermano Thar, para que fuera devorado a su gusto y predisposición, y a cambio, se nos cedió cierto mapa que ocultamos en el segundo sótano de cierto convento en Lima, bajo sus catacumbas. En la tres y la tres, porque es una celda de élite, sólo un hueco podrá dar acceso al material que dejo atrás, luego de escribir mi parte, para que otro monje haga su parte del trabajo.*

El fragmento concluía ahí, pero el tomo era voluminoso y parecía recoger una colección de pasajes que mencionaban cierto culto o hermandad secreta, de modo tangencial y nunca directamente, lo que me pareció sumamente extraño. Cuando terminé de traducir y escribir el documento, temblaba de la euforia y al asomarme, noté que los tres sujetos habían estado siguiendo cada palabra de lo decodificado, y era claro que no podía ocultar mi emoción.

Ante la visible exaltación que sufría, el Marqués, en ese anochecer tétrico del 24 de agosto de 1795, puso su mano con guante blanco en mi hombro y me dijo de un modo tan rimbombante, que era falazmente irresistible, que necesitaría una escriba, cronista y traductor, en la empresa que pretendía aventurar hacia el virreinato del Perú. De un salto estreché su mano, y sin discutir mis honorarios, acepté, irreflexivamente, abandonando, sin quererlo directamente, toda mi vida estable en Alcábalia. Mucha debió ser la infatuación de la aventura que me proponía, o acaso fuera por la opresividad de los salones góticos, pero por ningún momento se me cruzaron pensamientos sobre las penurias del emprendimiento. El viaje al Perú, era uno sacrificado y sumamente extenso. Aquel rincón desconocido del nuevo mundo no representaba otra cosa que la incertidumbre, y, sin embargo, en ese momento yo me veía invadido por afanes de ventura, conquista, tesoros y gloria.

No fue, sino a partir de tal escenario, que poco a poco pude enterarme del largo proceso de preparativos que orquestaba el inusitado Marqués. Le seguía la pista a cierto culto que hablaba de un supuesto excelso tesoro magnífico y había logrado investigar diversas piezas de un rompecabezas de las que me iría poniendo al tanto en la navegación hasta el lejano destino.

Nos embarcamos en setiembre del mismo año. Éramos un numeroso grupo de especialistas al servició del Marqués, quien, entusiasmado, me presentaba fragmento tras fragmento de su documentación. La primera semana me hizo familiarizarme con un texto llamado *Genus acre luporum atque Perú*, el cual enumeraba diversas localidades pintorescas que albergaban variados pueblos y culturas que coexistían milenariamente, o al menos, así fue, hasta que llegó la mano dura de su redentor.

Estos datos pudieron ser expandidos al referirme un catálogo de ilustraciones de Giusseppe de la Sagna Carnípora, quien había recopilado sus dibujos en *Disegni della mia aventura in Perú,* el cual contaba con muchas representaciones técnicamente muy bien logradas, aunque carentes de color, de templos exóticos, dioses desconocidos y leyendas que iban de lo absurdo a lo satánico. De este extenso tomo, me llamó la atención, precisamente, la sección que ilustraba al cerro Sechín, que se mostraba más grande de lo que hubiera imaginado.

Se trataba de un monte naturalmente elevado, de una frondosa vegetación cuidada, con una suerte de pirámide de piedra blanca o adobe con una muralla fortificada alrededor. Cada columna de la fortaleza representaba a un guerrero con una porra, y de modo caprichoso, pero artísticamente muy bien logrado, se apreciaban guerreros intercalados siendo derrotados por estos salvajes peleadores, quienes en algunas escenas de los frisos les destripaban, en otros les devoraban y en algunos le sacrificaban a un ser que parecía ser una serpiente descomunal. Un detalle que llamó mi atención fue que algunas de las cabezas de los enemigos vencidos estaban labradas, por separado, en bloques sueltos de piedra, que adornaban desordenadamente el piso y le otorgaban un realismo arcaico y tenebroso a la escena del templo en que abundaba la decapitación como motivo clave de la representación ritual.

Entre los serviciales acomodados por el Marqués se encontraba Pier Bonabranche, quien muy orgulloso me mostró el trabajo de su abuelo: *Étude des teintes andines*, en donde se hacía un profundo y exhaustivo análisis de las progresiones musicales, tonalidades y ritmos de los sujetos que habitan la majestuosa cordillera de los Andes. Por lo general, abundaba el uso pentatónico en sus escalas y la construcción de sus acordes incurría en cierta disonancia que construía tensión, para ser resuelta en dulces y sencillos sonidos que evocaban a lo natural. Para ello, Bonabranche, el nieto, me señalaba un catálogo que incluía flautas de huesos, ocarinas de cerámica, largas quenas, zampoñas y cuernos variados. Los tambores solían tener un cuero misterioso, y eran tocados con huesos, maderos, las manos, o los pies.

Todos los tripulantes ardíamos en un contagio de avidez por desentrañar los misterios que ocultaban tales rincones, todos menos uno. Yo no sabía bien qué hacía con el grupo hasta que tuvo una riña con un pescador. Entonces supimos que era el moralista privado del Marqués, quien repetía, incansablemente, hasta el fastidio generalizado, que nuestra empresa era un despropósito y que ni a la corona, ni a la cruz, le iba a agradar la empresa. Pero las cosas no quedaban ahí.

Cuando reclamaba esto último, el jurista de la familia, le otorgaba la razón en aquel punto, debido a que no se había solicitado ningún permiso real, y todo lo que ocurría, iba por su cuenta y responsabilidad, en detrimento de la iglesia, pero el confesor del Marqués, de púrpura túnica, pronto le corregía refiriendo que como enviado de Dios, podía “dar fe” de qué tanto al Rey, como al Papa, le interesaría tal tesoro, o hasta que no tenían por qué saberlo, frente a lo cual todos asentían.

Todos, menos el moralista. Pero no había terminado de replicar lo anterior, de modo que, con mucho sosiego, esperó que se calmaran los ánimos. Caminó a través de la cubierta, en donde se daba la acalorada discusión, y repitió en voz alta; que la afrenta a la corona y la cruz no quedaba ahí, sino que nos aventurábamos a tierras profanas, paganas y heréticas, con dioses de la tormenta. ¿Con qué derecho podríamos apropiarnos de un tesoro ajeno? Además, no quedaba clara la naturaleza del tesoro, (y en esto había que darle la razón) por que las referencias a éste incurrían constantemente a alusiones de su inmaterialidad, o a su sentido metafórico. Y, para terminar, esgrimía una teoría de la armonía universal, en donde estipulaba que la economía, la metafísica y la aventura, se encontraban articuladas, y robando un tesoro, se acarreaba naturalmente el infortunio, atrayéndose el castigo de los dioses, por lo que era inadmisible que vayamos a saquear, y en cambio, nos exhortaba a explorar, y nada más que observar.

El moralista fue lanzado, aquella misma noche, mientras dormía, al océano, (que, irónicamente, ya era el Pacífico), liderados por el mismísimo Marqués, quien había tomado gran ofensa en su lógica de salón. Yo no tomé partido del asunto, como otros, pero el perfil del endiablado sujeto de rojo y granate, se me empezó a hacer más claro. No obstante, compartí, acaso injustamente, (ahora, en la lejanía de la reflexión, lo veo, avergonzado) con el espíritu general y celebré el ajusticiamiento, brindando por el saqueo libre.

En los últimos meses del largo viaje en la embarcación, di con un singular apunte que no había sido traducido todavía, traspapelado entre los archivos del Marqués. Era una transcripción de un libro antiguo que había sido prohibido, acaso por eso la falta de labor en su re-interpretación. Su título era *Versteckte Kulte des peruanischen Kannibalen*, lo que traduje torpemente por *Cultos secretos de los caníbales peruanos.* Aunque nunca fui un gran germanista, ni domino el alemán, me atreví a hacer algo que nadie había emprendido hasta entonces, cohibidos por ese sello condenado que limitaba a tantos a sepultar la verdad. Yo no creía en esa fe, de modo que no me importó transgredir el sello de prohibición papal que la Santa Inquisición había delimitado en su I*ndex librorum prohibitorum*. El texto refería la siguiente narración que transcribo de memoria.

*Mi nombre es Otto Kuhn Schwarzumutter, natural de Sajonia y por encargo del cortesano Godofredo Guillermo L. emprendí un viaje hacia la selva del Perú en el año de 1528, mucho antes de que el asentamiento europeo tenga el yugo bien clavado en esas tierras, como lo tiene ahora, veinte años después, luego de que los últimos indígenas rebeldes se hayan refugiado en las florestas de una selva que parece un laberinto, y del que ningún cristiano sale vivo. Que las barbas rojas de mi sacro emperador perdonen mis palabras, pero los horrores que se ocultan en tales parajes lejanos de lo humano, no se compara a ninguna maldad que haya visto la humanidad desde tiempos bíblicos. El cortesano que me encomendó, me dio poca información de mi objetivo, pero a medida que descubrí el culto del que quería obtener información, comprendí porqué me había vedado algunos datos. En primer lugar, se trataba de una etnia, la que buscaba contactar, de ferocidad inigualable, que veneraba a tres dioses de piedra, dos de los cuales representaban deidades zooantropomorfas, y la última era desconocida, al punto de ser tabú la discusión de su naturaleza. En segundo lugar, me enteré muy tarde que eran caníbales, cuando ya no pude salvar a mi cronista, de modo que he tenido que relatar torpemente los hechos yo mismo, y, por último, finalmente, el <grandioso> tesoro que oculta cierta cueva debajo de un templo piramidal es algo que dejaría boquiabierto a cualquiera.*

El texto terminaba ahí. Se notaba claramente que originalmente había más contenido, pero el resto del manuscrito había sufrido un destino cruel por la censura. El escriba que había tratado el texto original apuntaba en el final del documento que la Santa Inquisición se había encargado de desaparecer el resto de la obra de este mundo. A pesar de ello, resumía el argumento de las páginas faltantes mediante la descripción de un dragón terrestre que era venerado como una divinidad suprema, ante la cual, la inmolación de una persona, era visto como algo sumamente investido en la distinción y el honor social. Era casi un privilegio ser alimento de Thar, la serpiente abismal de la caverna.

Cuando le extendí mi traducción al Marqués, este me miró desencajado. Me recriminó por haber transgredido el sello papal, pero, sobre todo, por no haberlo hecho antes. Con una sonrisa me dijo que me iría al infierno, pero que me agradecía el soporte, ante lo cual respondí con una reverencia, en la que abrí los ojos cuando tuve la cabeza muy por bajo.

Luego de que diversos consejeros presentes discutan el pasaje, se hizo mención a un dato curioso. El culto que se describía en la selva, era uno casi idéntico a un culto reportado en la sierra alta, y a dos de la costa peruana, es decir, que había un patrón riguroso respecto a la narrativa, la forma de los ritos y el tono de los relatos y el imaginario que les orbitaba. Un artillero, con la pipa en la mano diestra, y un poco de vino, en la otra, refirió otro asunto de interés: la palabra Thar se intercalaba en distintos pasajes, siempre con un significado distinto.

Esto me llamó la atención y constaté, que, de once menciones, a veces Thar quería decir una hermandad que protegía la memoria de pueblos primigenios, o se refería a una bestia submarina que, en algunas variaciones era subterránea y en una referencia distinta, era ambas cosas a la vez. Asimismo, se usaba como un principio abstracto y metafísico que ordenaba el cosmos y, finalmente, aparecía como traducción del vocablo “árbol”, “tortuga” y “demonio”, en distintas lenguas aborígenes.

La noche del 5 de marzo del año 1796 pudimos observar, por fin, a lo lejos, las luces de un poblado costero que sería nuestro punto de desembarque en el nuevo mundo. Muchos se estiraban por el viaje, otros gritaban al puerto pequeño, desde donde pescadores agitaban las linternas en respuesta, pero yo estaba enfrascado entre los libros del archivo, buscando pistas del misterioso pueblo Sechín y su maravilloso tesoro.

Luego de agotar volúmenes sobre los Paracas, los Nazca, los Pisco y los Chincha, di con un tomo empolvado que siempre había ignorado por su carencia de título exterior. Al abrirlo, me topé con que mi intuición me había guiado bien, puesto que se encontraba en el idioma que menos dominaba: el inglés. El título ponía *A recount of wealth in the southern hemisphere, Vol. 24* frente a lo que yo pude decodificar lo siguiente: *“La riqueza del volumen sur del hemisferio 24”*. Estaba escrito en una variante muy antigua y barroca, pero yo hice un maravilloso esfuerzo al traducirlo lo mejor que pude y lo consigno de memoria.

*La tesora peruana consta diversos pueblos y cultura. Su espíritu es uno de fuego, por lo que la corona es pañola. Ha mantenido cuidadición en que no se contagie la Perú de lo fiebre rebelde, porque mono con pistola. (…) Cerro Sechín es ejemplo del perverso, donde mora el tesoro dios, y se ofrenda la carne para sacrificio, muele los dientes de oro, pero nunca habla. Jaguar baila, pero bailando, su música es tétrica, por su adoración al diablo, en oscuro, sonríe, porque extiende las alas que no conocemos. Sólo cabeza-serpiente se ha visto.*

Debido al carácter oscuro y tenebroso del pasaje, preferí no compartir mi rigurosa y lograda traducción con el Marqués, especialmente, por aquella referencia a la insurrección, de la que el noble era tan sensiblemente adverso. Cuando acabé de quemar mi manuscrito, observé que había amanecido y nos esperaba una ciudadela pobre, al otro lado del mundo conocido.

Nuestro primer contacto con el virreinato del Perú fue un puerto menor del norte, debido a que no podíamos llegar vistosamente a la capital, en Lima, sino que nos encubriríamos como sacerdotes jesuitas.

En nuestro primer hospedaje, el sosegado de Garcés cambió de carácter y se agitaba de lado a lado, refiriendo que no podía calmarse hasta que las sirenas dejen de cantar. Algunos juraban escuchar, del mismo modo, los cantos, mientras que otros, se lo atribuían al vino. Un esclavo del Marqués, entonces exclamó que era un castigo divino por impersonar a los jesuitas de la Compañía de Jesús, y nunca más fue visto, después de esa noche.

Lo cierto fue que un gentilhombre de la zona nos saludó y se presentó como Valdez de la Cuchufla y nos explicó que se trataba de las ballenas del Pacífico, y que perturbarlas era muy imprudente. Además, nos advirtió de alejarnos de los manglares frondosos, debido a que, en esas aguas de aparente superficialidad, se ocultaban siempre fauces hambrientas, de reptiles de toda suerte.

Se nos contactó con el sastre portugués que nos haría las sotanas tradicionales de la compañía de Jesús, de modo que le instruimos en cada pequeño detalle para maximizar nuestro éxito. Al cabo de una semana, todo el tropel estaba listo y una nueva embarcación nos esperaba para llevarnos al legendario puerto del Callao. Toda la carga iba oculta, y era diversa, extensa y la mayoría de veces, innecesaria. Sin embargo, el Marqués, necio, insistía.

Durante aquella estancia en ese pueblo del norte virreinal, conocimos de tres hechos de valor. El primero, era que cerca se encontraba una gran ciudadela compleja en diseños y recubierta (alguna vez, hasta hace poco) en láminas de oro. El complejo enorme intercalaba torreones que unía la extensa muralla, a modo de una gran fortaleza que protegía una urbe exuberante. Sin embargo, tales edificios militares habían sido desarmados por precaución.

Otro suceso de interés, fue mi hallazgo del *Interpretació dels ritus caníbals a la vall de Chavín de Huantar*, del catalán Aníbal Coyons, en donde se relataban tradiciones rescatadas de un valle no lejano a la capital del virreinato. Ahí pude comprender que las descripciones del autor se habían apropiado del imaginario mismo de los pueblos, haciendo dar la impresión de que todo fuera real. El mito relataba una ceremonia, en que cierto sujeto “afortunado” era designado para ser devorado por un gran gusano con cabeza de felino. A la criatura se le describía con notable detalle, refiriendo que tenía escamas acorazadas y que el tamaño de su grosor era aproximadamente el de una campana grande, siendo su largo desconocido, pero parecía una suerte de tortuga-dragón. De un bocado, podría tragarse un caballo entero con facilidad. El sujeto, normalmente, era voluntariamente presentado ante la deidad, que procedía a degustarle, para desaparecer por algunos años. El olor que emitía parecía remitir a la humedad y a la descomposición de ciertas algas que se habían identificado en el fondo del lago Titicaca. El sonido que producía al reptar las rocas, era parecido al rumor de un temblor, y sus gruñidos eran descritos como la voz de algún demonio terrenal.

Finalmente, en el pueblo que nos recibió por vez primera en el Perú, tuve la suerte de encontrar a cierto fraile de una hermandad escasa, y que reconocí por el símbolo que había visto hace poco: era un hermano de la congregación que había escrito en un pasaje de los que había revisado en el archivo del Marqués.

Era estoico y muy desapegado; no podía comprarle con tentaciones de este mundo y satisfacerle se mostraba arduo, pero logré aprender de él que su hermandad erraba por las tierras, con misiones secretas que no eran de mi pertinencia, pero que seguramente en Lima podría contactar al provenzal para recibir ayuda. Cuando le interpelé por el tesoro, se mostró impaciente y se limitó a referir que uno elegía, si quería o no, participar del tesoro, y que el precio era tan alto como un absurdo. Firmemente me sostuvo la mirada, y el viejo fraile refirió que su dios era otro.

Con este mar de confusiones, navegamos, por fin, hacia el Callao, en donde nos dimos con la sorpresa de que casi todo el equipaje había sido asaltado por piratas, y que estábamos disfrazados como jesuitas en el nuevo mundo, con un voto de pobreza forzado, y ¡sin tener idea alguna de la expulsión de la compañía de Jesús de España y sus colonias en 1767!

El engaño no nos duró mucho y tuvimos que separarnos para sobrevivir en la empresa. El asunto se arregló de modo muy sencillo; el Marqués sacrificó a los que menos le servían, culpándoles del embrollo y sacudiendo al resto de la culpa. Inmediatamente después, pasamos, los restantes, a la clandestinidad, desde donde planeamos nuestros siguientes movimientos con mayor precaución.

Nuestra estancia en Lima, salvo en un par de ocasiones, representó una experiencia lenta, aburrida y fría. Era entonces Julio de 1796 y un cielo plomo nos enfrascaba en un bioma que era alto en humedad. Nos costó muchísimo contactar a un esclavo árabe, al que le ofrecimos libertarlo a cambio de su ayuda, pero éste refirió que, si su Dios le quería en esa situación, él debía soportar las circunstancias, por lo que fue acusado de quietista y de promover la inacción, por los consejeros del Marqués, quienes hasta le acusaron de fatalista.

Sin embargo, con el tiempo, dimos con un criollo de ideas rebeldes que no dudó en estrecharnos una mano a cambio de cierto libro que no había visto el Marqués, (y por suerte, porque era uno de esos libros separatistas que le irritaba el ánimo.) De modo que, gracias a su ayuda, nos vimos adentro de las catacumbas de cierto templo limeño. Era de noche y teníamos cuatro horas para explorar sin ser detectados, confiando en que el criollo rebelde nos esperaba por un pasaje oculto, para garantizar nuestra salida.

No podíamos ir todos, de modo que nos alistamos los necesarios: el glorioso Marqués, líder de nuestra expedición, el cronista (es decir, mi persona, que estaba atado casi todo el tiempo al lado de mi contractor), un fuerte soldado veterano de apellido Eyzaguirre y, finalmente, un especialista espeleólogo de raza negra, que había sido comprado en ciertas minas de diamantes en el occidente africano. Su nombre original era desconocido, pero los cristianos le llamaban Ismael. Los cuatro nos escabullimos con la ayuda del criollo peruano a las galerías subterráneas del convento de San Francisco.

Una antorcha única, cargada por el Marqués, era todo lo que nos iluminaba. Ismael, que iba adelante, apenas podía ver, y el escenario que se desplegaba ante él era uno muy distinto al de su especialidad. Había amplios recintos de arcos simples y piso de tierra, en las primeras fases. Numerosos pasajes habían sido sellados, pero nosotros ignorábamos las razones. Dimos con un primer foso que podría tener entre diez y doce metros de profundidad, iluminado por antorchas puestas en el fondo, que permitía ver una colección importante de restos variados insepultos.

Eyzaguirre, que tenía la vista de un ave, señaló que la mayoría de huesos parecían tener marcas de dientes grandes en los miembros, y que, en todos los casos, se carecía del cráneo entre los restos. Casi muero del susto cuando resbalé el paso y casi me veo en el fondo del foso necrótico. La mano fuerte del Marqués me asió a tiempo, frente a lo cual enmudecí y dejé al resto avanzar, mientras cuidaba el paso. No había mucha luz, pero sabía que estaba pálido y empecé a sentirme mareado por el oxígeno enrarecido.

A medida que explorábamos la mazmorra, comprendimos que, aunque el convento no era de gran tamaño, ciertamente el mundo subterráneo que habían creado los ingenieros franciscanos era vasto y de compleja disposición. Se abrían pasajes a zonas de índole que excedía lo religioso. Antes de descender al segundo sótano, pudimos observar que un arco labrado en una piedra oscura se plantaba en una sala pequeña, dejando, al parecer, entrada a un calabozo oscuro. A otro lado, se abría una zona que, anunciada por huesos, parecía dedicarse al albergue de sepulcros y tumbas, pero nosotros, descendimos las escaleras que dirigían a ciertas habitaciones de lo que parecían ser ascetas o penitentes.

Estoy muy seguro que la extensa magnitud de las catacumbas se va a volver eventualmente insostenible, y a medida que crezca la ciudad por encima, algunos pasajes van a tener que ser tapeados, bloqueados y sellados, con el fin de no facilitar el derrumbe de tan oculta arquitectura.

Luego de unos minutos, y con el aire más pesado, nos vimos en aquel segundo piso de habitaciones, en donde le seguíamos el rastro a un monje misterioso que había pasado una temporada en alguna de esas celdas, y que había legado cierto documento de interés para la expedición. El Marqués sabía que debía llegar al segundo sótano de las catacumbas: pero nada más.

Iniciamos la exploración por un pasadizo que nos trajo sorpresas. Ismael pisó una baldosa floja y activó cierto mecanismo que le proyectó una suerte de dardo a la altura de nuestras cabezas, pero que, a él, le impactó en el cuello. Lo habría matado, de no ser por el collarín de metal al que había sido obligado a llevar por toda su existencia.

Al percatarnos que dicho pasaje tenía trampas, preferimos probar suerte con otro, que apuntaba hacia donde había un rio sonoro. Notamos que una sección en el fondo se mantenía iluminada, anunciando el descenso a una siguiente profundidad, que, por suerte, no tuvimos que recorrer. En el camino, parecía haber salas metidas, a modo de cuartuchos austeros, que hubieran parecido celdas, excepto que no había impedimento para la entrada, ni salida.

Fue mucho el pavor que sentimos todos, cuando Ismael se aproximó a uno de estos recintos, y a medida que venía la iluminación, desde atrás, fuimos descubriendo que un rosto seco e inexpresivo nos observaba, sentado en el silencio desolador del aislado laberinto subterráneo.

Nos increpó por qué hacíamos ahí, de modo calmado, y nos preguntó si éramos saqueadores, ante lo cual, Eyzaguirre explicó que buscábamos el rastro de cierto monje peregrino, con lo cual, el ermitaño reconoció al instante de quién se hablaba. Nos refirió, entonces, que sus pertenencias estaban intactas en el centro de unas barracas laterales, que cruzaba el pasaje de las trampas.

Le agradecimos y hasta fue bendito por el Marqués, mientras regresábamos mejor orientados, sin preguntarnos, qué haría un monje en la soledad de una celda subterránea. Cuando alcanzamos el lugar donde nos habíamos quedado, con la trampa activada, tomamos extrema precaución en dar algún paso. Pudimos desactivar tres trampas y evitar una. El pasaje nos condujo a un abismo lleno de huesos, que no había como cruzar ni de un salto largo.

Al otro lado, sin embargo, se veía claramente el barracón lateral que había sido acomodado en lo subterráneo. Se veía la entrada, pero no había puente alguno para alcanzarle. Decidimos dar retroceso a nuestros pasos y preguntarle por el asunto al asceta misterioso, pero cuando regresamos a su celda, no había mayor rastro de él, que la sucia túnica que había estado usando.

Confundidos, hubimos de volver al gran foso de huesos, sin comprender el comportamiento del ermitaño. Ismael pidió permiso para hablar, pero el Marqués se lo negó, porque sabía qué iba a decir: y no quería asustar a la comitiva con interpretaciones espectrales. Recorrimos cada rincón de la plataforma que nos conectaba con nuestra parte de las catacumbas, hasta que, por fin, el veterano hombre de armas exclamó que una manivela o palanca se ocultaba detrás de cierto brasero.

Cuando cedimos a Ismael el honor de activarla, una puerta secreta se abrió, otorgando un recorrido que bordeaba el foso y otra palanca similar abría una puerta que por fin daba con las barracas. Una vez ahí nos empezamos a sentir demasiado comprometidos con la misión, pero el tiempo apremiaba, de modo que exploramos el deshabitado lugar.

No tardamos en reconocer el lugar, lleno de libros, con un cofre intacto y un plato con restos de comida seca. El resto de habitaciones, por contraste, se veía vacío y que no habrían sido ocupadas por un largo período. Sin embargo, había un detalle que nos detuvo, y esta vez no pudimos llegar más allá. La habitación de nuestro destino se encontraba en el centro de un patio interno, que sólo dejaba verse desde algunas celdas que le rodeaban, sin embargo; se evidenciaba que no había manera absoluta de acceder a ésta plazuela, por cuanto, desde todos los ángulos, se podía percibir que ninguna entrada se mostraba clara a simple vista.

Tardamos horas tratando de encontrar palancas, mecanismos o botones que nos abran compuertas secretas, sin embargo, fue en vano. Al cabo de mucho esfuerzo y frustración, tuvimos que dar la vuelta, para regresar a tiempo y ser extraídos del convento por el criollo rebelde. Aunque fue una experiencia llena de adrenalina, un sabor amargo nos acompañó por haber fracasado en la misión.

Los días lentos que siguieron turbaron al Marqués en oscuros pensamientos, pero yo no me rendí, y encontré la clave en un pasaje que había traducido inicialmente del arcano tomo *De secretis fratrum Thar* en el que ponía: “(…) *cierto mapa que ocultamos en la biblioteca de cierto convento en Lima, bajo sus catacumbas. En la tres y la tres, porque es una celda de élite, sólo un hueco podrá dar acceso al material que dejo atrás, luego de escribir mi parte, para que otro monje haga su parte del trabajo.”*

El recuerdo me exaltó, haciendo que grite de la sorpresa. Toqué fuerte a la puerta del Marqués, ante lo cual pude sacarlo de su depresión, cuando constatamos que las calles de Lima, y su plazuela central, se nombraba por números a medida que avanzaban las calles. De este modo fuimos al cruce de la tercera calle con la tercera calle. Aunque tales nombres pronto serían rebautizados, nos sentimos desorientados, porque recordábamos que los barracones subterráneos se extendían acercándose al río, mientras que nosotros, atendiendo a la tercera y la tercera calle, nos alejábamos de este.

En el sitio, dimos con una casa abandonada en la que no dudamos de entrar los mismos expedicionarios y no tardamos en encontrar un sótano extenso que se conectaba directamente con las catacumbas del convento. La sala del sótano de la casa parecía descender aún más y desde arriba podíamos ver con algo de terror que una ciudadela antigua y de adobe parecía asomarse desde su sepultura. Ignoramos tal hondura de la historia de este sitio, y recorrimos un largo túnel que nos acercaba, de modo reafirmante, hacia el rio sonoro. Finalmente, dimos con una escotilla que se abría desde abajo y se le ordenó a Ismael que la abriese, dejándonos entusiasmar por el momento, sin considerar que alguna trampa podría haber sido colocada ahí para disuadir a los transgresores.

Esto lo supimos muy tarde, por cuanto una cuchilla larga salió proyectada por un brazo de la pared, al tiempo que abría la trampilla, decapitando en el acto al esclavo de raza negra, cuyos restos tuvimos que dejar ahí, no sin antes, lamentarnos que nuestra vanguardia había perecido.

El Marqués, más triste por su pérdida mobiliaria que por piedad a la vida de Ismael, se lamentó solemnemente, pero no demoró en traspasar la trampilla que le condujo por fin al patio secreto de las barracas, en donde estaba a su mano todo el material y documentos de un fraile anónimo que había seguido el rastro del tesoro de los Sechín.

Sin pensarlo mucho, saqueamos el lugar, despojándolo de todo objeto y lo transportamos a nuestra guarida, en una vieja posada limeña, para poder examinarlo con calma. Había diversos elementos de sumo interés que nos detuvo un extenso tiempo en analizarlos y concluir de ellos juicios para nuestras preparaciones ulteriores.

Pudimos saber poco del fraile, excepto que pertenecía a cierta hermandad que idealizaba a Judas Iscariote y representaba la tendencia de la pulsión de la destrucción, en un panorama maniqueísta que era enemigo intelectual de San Agustín. Era español de nacimiento, pero se había enamorado del nuevo mundo. Esto lo pudimos deducir por su exigua correspondencia que se hallaba intacta.

Entre sus objetos encontramos aquel mapa prometido que nos guiaba hacia el misterioso cerro Sechín, además de otros diversos libros, que no tardaron en pedirme que tradujera, a lo que accedí con euforia.

Acaso el más bizarro era *Notitia ex Mundo Tenebrosus Sechín*, en donde se relataban datos oscuros del universo de esta cultura sangrienta y feroz. Se refería que apilaban cabezas enemigas en estacas y las sembraban alrededor de sus templos. Mostraban un carácter pacífico con los aliados, pero eran notablemente sanguinarios tanto con invasores, como con traidores. El corto artículo del libro culminaba explicando que, en su lengua original, la idea de sacrificio se asemejaba a algo como un premio o una honrosa remuneración.

El fraile de nombre desconocido que pertenecía a la hermandad de Judas Iscariote poseía, además, un ejemplar en alemán del *Gefährlischsten Kulturen der Welt* que traduje como *“Las culturas más peligrosas del mundo”,* en donde se relataba quela verdadera cultura Sechín había poblado estas tierras mucho antes que los antepasados de los pobladores presentes, y que muy poco de sus usos se mantenían, habiendo sido incaizados, la mayoría de ramas de su extensa sociedad, siendo una sola minúscula cepa la que se preservó intacta y oculta. El autor del libro sostenía que la civilización Sechín, propiamente, era una rama avanzada del neolítico, y que la extensión de su dominio se probaba significante. A pesar de tales proclamas, sólo se adjuntaba un mapa tosco que ubicaba uno de sus centros: la pirámide del cerro Sechín, entre la costa del océano Pacífico, y a las faldas de la cordillera de los Andes, en lo que hoy es la reducción indígena de Huaraz.

Se estipulaba en el libro que eran grandes agricultores, siendo extensa su producción, relacionando la labor de sus campesinos a cultos públicos de alguna deidad marina que se asemejaba a un alargado pez, que, de acuerdo a uno de los especialistas del Marqués, era una clase de pez primitivo que se parecía notablemente a cierto fósil de una especie que había desaparecido de la tierra hace varios millardos de años. Se contaba, asimismo, que su sociedad era una articulada en centros de gobierno y administración, desde donde se organizaba la vida de estos infieles. Aunque tenían creencias, que para el alemán eran calificadas de heréticas, lo cierto es que los pueblos unidos del Sechín hacían demostración de un fértil y amplio trasfondo cultural, como se reflejaba en su complejo sistema de representación social mediante individuos que al mismo tiempo eran sacerdotes divinos, guerreros consagrados, domadores de fieras, maestros en la organización, diestros bailarines y prudentes cocineros.

Los artesanos eran muy diestros, y realizaban todas sus cerámicas, utensilios, vasos, jarrones, barriles, y demás cosas básicas con una mezcla ahora perdida de arcilla, que era resistente, moldeable y de fácil limpieza para la re-utilización. Lamentablemente, todos estos artefactos eran tan susceptibles a las grandes hogueras, como, también lo fue la fuente de sus secretos y artes. Respecto de su arquitectura, el libro ponía que su capital fue desde un inicio un templo piramidal llamado en su lengua con nombre desconocido, pero que los frailes iscariotanos referían tradicionalmente como “Sechín de las estelas”. Ahí, un barro sencillo e inmortal articulaba un complejo edificio que cumplía con varias funciones a la vez. La razón de su ubicación era un misterio, pero se sospechaba que algo tenía que ver con una cueva colosal debajo de una grieta tectónica expuesta precisamente al lado de la pirámide.

Estos datos no eran perceptibles a la simple vista, debido a que una muralla fortificada encerraba la gran grieta y apertura cavernosa, de modo tan ingenioso, que de lejos parecía un simple templo al lado de un monte que a todas luces era sagrado por la mera investidura de la proyección mística de la energía que transmitía el lugar, descrito sencillamente como mágico. La muralla se componía de grandes monolitos planos, pero labrados muy agudamente, con una técnica de elevados resultados. Los sacrificios humanos representados daban cuenta de la crueldad con que estos salvajes trataban a sus enemigos, pero se refería que ciertos narradores conservaban las razones que empujaron a una venganza tan cruenta. Por otro lado, escenas de lluvias en los frisos, daban a entender que pensaban en que el agua era cierto dios que conservaba el eco de alguna música de fuera del espacio.

Finalmente, terminamos el recuento de los objetos de interés, cuando encontramos oculto en un bolsillo secreto del abrigo del fraile iscariotano una carta que transcribo de memoria y que carecía de autor o fecha, pero que copié con el fin de aumentar la documentación de nuestra aventura.

*Mi muy querido hermano Nº 628, en la congregación hemos seguido sus avances con interés y preocupación: sabe bien vuestra merced que se aventura en tierra de caníbales. Oramos por su alma. Hemos fletado barcos de transporte, como nos indicó para cargar el pesado botín del que nos habla. Esperamos que su estancia en el subterráneo albergue de las catacumbas en el convento de Lima le sirva de reposo, por cuanto sabemos que le espera un atribulado viaje hasta el valle Sechín. Esperamos pronta noticia del tesoro. A todos nos ha emocionado que describa los salones en donde fue instruido en el valor de tan majestuoso conjunto de riquezas que se encuentra en manos de quien no sabe qué valor posee; por suerte, nosotros podremos sacarle provecho, una vez que usted se haga de este. Tal y como me pidió, le transcribo ese fragmento del pasaje solicitado: el apartado del libro XV del folio requerido pone ahí: “Pepe Espada ha vivido tres años con los nativos Sechín, sabe que son feroces con los de codicia material, aunque aman, por otro lado, a los nobles de corazón y ligereza para dispendiar amabilidad. Algún anciano le ha compartido que tienen el ideal del agua, que se adapta a la forma de quien le interpele, manteniendo una pureza capaz de mezclarse con cualquier otro ser. Ni Pepe Espada, ni otros, hemos comprendido a qué se refieren, pero lo cierto es que ricos ornamentos usas sus mejores señores primitivos, y los indios de a pie son altos y bien nutridos. En ningún rostro se refleja la vergüenza, antes bien, un semblante alto que apunta al cielo, pero observa el verdor terrenal.” El resto del apartado se lo enviaré en la próxima carta. Debe saber, hermano fraile de mi estima, que los Sechín son muy astutos, y conocen el poder de la ambigüedad de la palabra. Hay fuentes que hablan de tesoros intangibles y tesoros en metal. Ninguno miente.”*

No tardamos en conseguir un guía limeño que interprete la copia del mapa del tesoro Sechín, cuyo original, el Marqués guardaba celosamente. Nuestro amigo peruano, a cambio de unas monedas de cobre, había indicado que podría llevarnos al cabo de dos semanas en carruaje, o si lo preferíamos, dos días a pie.

Eyzaguirre apuntó que debía ser un bromista, mientras que Garcés comentó casualmente que no veía a Ismael hace días. Yo, como siempre, mantuve reservado silencio, sin participar, salvo en la euforia de querer alcanzar ese valle misterioso de grietas tectónicas sobrehumanas. Un servidor geólogo, de nombre Tiberio nos hizo saber, entonces, de la complicada formación de terreno que representaba la monstruosa cordillera andina, de modo que, el uso de la rueda, más detenía el paso que ayudarle, en la mayoría de casos de viajes largos. Por ello, ir caminando, podría mostrarse más rápido, pero no más fácil, que hacerlo en un vehículo.

La exaltación ardiente de nuestros espíritus nos conminó a preferir la ventura próxima, de fruición pronta y de realización cercana. Nos volvimos a reducir, dejando atrás algunos especialistas innecesarios, incluido el clérigo de púrpura sotana y un comando de diez personas notables, y además un peruano, nos enrumbábamos al cerro de cierta fortaleza con estelas de escenas destripadoras.

El camino era arduo y pronto nos arrepentimos. El clima era frío, pero entramos en calor rápidamente. Vimos una primera hilera de montes, a lo lejos, que hacía como un muro en el horizonte. Se veían pequeños, pero se adivinaban que de cerca deberían ser muy imponentes, y efectivamente, al acercarnos nos dimos con la verdadera naturaleza de su dimensión.

Para nuestro beneficio, los indiacos habían labrado un camino con losas de piedra, que, debemos reconocer, habían logrado manufacturar de modo hermoso y funcional. Así, ascendimos esa gran cima, orgullosos de nuestra conquista de esos espacios, pero casi a la mitad, estábamos cansados.

El Marqués pidió un descanso, pero lo excusó con la razón de que quería contemplar el panorama de Lima, desde lo alto y lejano de ese monte. El mar, a lo lejos, se imponía como frontera de lo visible, aunque apenas se veía en los rincones que las nubes no habían cubierto, y la ciudadela de Lima se plantaba con sus murallas en pleno refaccionamiento. En las afueras largos campos de cultivo se extendían hasta que fuera posible notarlo.

Retomado el vigor, los expedicionarios se vieron pronto en la cima de su obstáculo, para poder entender, con un poco de miedo, que esta no había sido nada más que la primera y menos elevada formación montañosa de muchísimas, y desde ahí, pudimos entonces contemplar una infinidad de valles solitarios que se abrían en todas direcciones, además de grandes mesetas rocosas, deshabitadas, probablemente por lo absolutamente inhóspito que se manifestaban.

El Marqués empezó enfermar hacia el final del primer día. Todos, en realidad, habíamos acalambrado nuestras almas, y ni siquiera el consuelo del tesoro nos devolvía la fuerza. Nos costaba respirar y los mareos no cesaban. Nos sentíamos envenenados o aturdidos, sin embargo, el ayudante peruano se mostraba fresco, y al notar el color inusualmente pálido de nuestros rostros, nos ofreció un atado de hierbas, que indicó que podríamos masticar por largo rato. Dicha hierba curativa milagrosa restituyó el balance de nuestros organismos, y pronto estuvimos preparados para comer y descansar.

La noche fue fría, pero no ocurrió nada de importancia. El peruano durmió bien vigilado, pero muy tranquilo y despreocupado. Dos hombres de armas hicieron guardia para velar el sueño del Marqués, mientras que yo, me abrigué lo mejor que pude, porque el viento arrastraba la humedad del ambiente, a cierta velocidad que afrentaba a lo que estoy acostumbrado.

El amanecer en aquel paraje alejado del silvestre Perú fue tranquilo y llenó plenamente de paz a todos nosotros, quienes olvidamos por un momento de nuestras causas aventureras, hasta que el peruano auguró oscuramente que el día nuevo parecía un tesoro divino. El camino no hizo sino ponerse más empinado y arduo, mientras que los montes no se acababan de entrelazar, y cada vez con mayor volumen.

Tal y como se nos prometió, al cabo de dos días llegamos a un pequeño valle con construcciones coloniales, y desde donde se adivinaba una capilla. Llegamos exhaustos a una posada, donde fuimos bien atendidos y el peruano entonces se dio a la bebida.

Alrededor había florestas, en una especie de claro o descanso de la cordillera. Los montes se expandían en todas direcciones por igual, pero un cierto lugar sobresalía del resto: era una suerte de montaña con forma de pirámide, cuya punta habría sido achatada.

Las casitas no alcanzaban para llamarle pueblo, pero ciertamente había unas dos o tres familias coexistiendo en lo que para nosotros era angustiosamente el fin del mundo. Supimos entonces que nuestro destino se desviaba del camino incaico que unía todo ese laberinto que conocemos como los Andes.

Reparamos el sueño y cuando fuimos a quitarnos el ayuno, muy temprano por la mañana, escuchamos una extraña música tétrica que provenía del salón de madera en donde se hallaba una gran mesa de piedra. A estas horas, encontramos a muchos habitantes haciendo vida social alrededor del comedor, mientras que nuestro guía limeño tenía los brazos elevados, con las manos muy en lo alto, y se erguía parado en un solo píe.

Me costó entender que estaba bailando muy lentamente, y cuando giró su cuerpo hacia nosotros, pudimos deducir que estaba ebrio hasta los límites de lo saludable; más precisamente, parecía poseído o endiablado, puesto que cantaba muy claramente y de modo calmado, pero sus ojos ardían en hogueras carmesí, por lo que, al inicio, nos hubiera costado reconocerle, si no fuera por sus ropas mestizas.

Mientras tomábamos un caldo que solo puedo describir como divino, el limeño de ojos rojos se nos aproximó para desearnos buena suerte en la aventura, frente a lo que agradecimos reservadamente. Garcés, que era muy agudo, le preguntó entonces si quisiera descansar para acompañarnos, pero se negó, refiriendo que no hablaba la lengua de esos caníbales.

Antes de partir, nos encomendamos en el templo cristiano, para notar con desolación, (por su parte) que se carecía de sacerdote, pero no preguntamos al respecto, limitándonos a orar personalmente, a lo que, por su puesto, yo me limité a actuar de modo hipócrita.

Benditos, por fin, nos encaminamos a ese desvío del camino imperial de los antiguos incas, para adentrarnos en un valle que mostraba una vegetación más abundante y un calor de acento atildado. Se dispuso que el servidor diplomático debía ir a la vanguardia de la expedición, guardando distancia. No tardamos en ubicar aquel templo de murallas fortificadas y escalinatas que se elevaban hasta muy alto.

Desde lo lejos pudimos avizorar a unos guardias hablando, nos ocultamos y al acercarnos identificamos que se comunicaban en un idioma tosco y grotesco. Cuando el diplomático tuvo que contactarlos, todos temimos lo peor, porque la actitud antes amigable de los indios, se tornó agresiva y hostil.

Inmediatamente el diplomático se dio la vuelta y nos indicó que debíamos salir del escondite, porque le habían dado a entender que podían percibirnos, frente a lo que nos acomodamos en frente suyo y los pudimos contemplar de cerca. Eran ejemplares dignos de la antropología, los individuos salvajes que nos amenazaban con lanzas y cachiporras brutales. Eran de altura considerable, de fuerza evidente y les colgaban adornos de huesos. Uno tocó un gran cuerno que nos intimidó, puesto que su reverberación era profunda y sonora, ante lo cual se presentaron más nativos curiosos, algunos asomándose, otros acudiendo con armas en mano. Desde entonces, y en adelante, comprendimos que éramos sus prisioneros.

Fuimos conducidos a un nivel intermedio de su pirámide, en donde fuimos despojados de todas nuestras pertenencias. Cuando un salvaje observó nuestro mapa, nos miró con desprecio y se los enseñó al resto de aborígenes, quienes aullaron animalmente.

El Marqués tenía miedo, si algo conozco de su carácter, pero no lo manifestaba, se mantenía de pie intercalando frases corteses en castellano, que no tenían respuesta, hasta que uno de los salvajes, que era anciano, se le acercó y en un tosco uso del español, le recomendó que se calle. Debo confesar que sentí pavor, escuchar a ese ser primitivo, comunicarse en nuestra propia lengua. El Marqués de Sepúlveda probablemente sintió lo mismo, por cuanto mantuvo silencio y esperó que terminen de especular sobre nuestros artefactos.

Al fin, nos dispusieron en una fila, con el Marqués a la cabeza, y el anciano que hablaba algunas palabras nuestras empezó a interrogar las razones de nuestra visita, mientras traducía cada una de las respuestas a todos los salvajes caníbales. La respuesta del Marqués causó admiración, y esto era evidente, aún sin conocer su tosco idioma, de modo que lo pusieron de un lado, y en cada respuesta que dábamos, nos iban separando, en uno u otro lugar. Casi a todos, les habían dispuesto en un lado protegido por altos centinelas, pero a unos pocos y a mí mismo, nos segregaron en otro apartado más pequeño, por lo que temí con la sangre helada, por verme separado del poderoso Marqués.

Todos, sin distinción, sin embargo, fuimos conducidos al sótano de la pirámide, en donde descendimos por largos minutos unas escaleras monumentales, cuyas paredes tenían grabados pictóricos diversos. Al fin, llegamos a una especie de cueva iluminada con rastros de uso ritual por donde se le viera. El olor era insostenible y el eco del goteo de cierta fuente de agua, resonaba intensamente.

En un altar de base roja, fue colocado el Marqués. A su espalda, una apertura de la cueva de grandes dimensiones se abría como un fondo oscuro, cuya iluminación se volvía imposible, seguramente a sus hondas dimensiones. Sin embargo, la iluminación si le afectaba al Marqués, que se plantaba de modo desolado, suspendido entre las sombras y las rocas.

Lo que sucedió a continuación, me ha costado entenderlo, y no he podido dejar de soñar con esta escena. Todo sucedió muy rápido, y no pude comprender qué fue lo que estaba ocurriendo exactamente en ese momento. Ahora, desde la calma de mi exilio, intento poner en orden, el caos de terror que experimentamos aquella luna llena.

Nos sentimos desencajados, porque inmediatamente luego de ser conducido al altar carmesí, los salvajes empezaron a desfilar, para saludar, abrazar y rendir homenaje al Marqués. Unos ofrecían jarros de licor, que dejaban a sus pies, otros esparcían flores desde lo alto, y algunos les dedicaban palabras exaltadas llenas de solemnidad: infatuación que el mismo reconocía, y algo debe haber cambiado en su psicología, porque pronto el Marqués debió pensar que le rendían homenaje. Esto no era falso, ya que, a todas luces, se le rendía pleitesía, y no pudimos saber entonces porqué.

El desfile concluyó con algo que al principio me alivianó, pero luego nos infundió a los castellanos, todos por igual, con un horror indescriptible. Primero vino un bailarín, sacudiendo el cuerpo en convulsiones exageradas, mientras movía los adornos que le colgaban y castañeteaban. Inmediatamente, vino un segundo danzante, pero este tenía un casco de alguna suerte, o así lo pensé al inicio, hasta poder constatar, que se trataba de la cabeza de un felino muy grande. Finalmente, el desfile concluyó con la aparición de un ser que tenía otro casco de felino, pero por alguna razón, este se veía muy real, y hasta parecía animado, quien sabe por qué magia o mecanismo. Daba la impresión de que fuera efectivamente un hombre jaguar danzante, y esto conmovió hondamente al Marqués que intercambió la sonrisa por una inexpresividad pálida.

Lo que sucedió después del afectuoso y colorido desfile, me ha costado borrarlo de mi memoria. A veces despierto en las noches con la voz alegre del Marqués, exaltándose y anunciando que la nobleza reconoce a la nobleza. Qué triste desenlace el que venía para todos.

Luego de revisar mis apuntes, e investigar más el asunto, he logrado comprender los fallos de mis traducciones y las de otros. Lo que ahora puedo entender desde la comodidad de mi asiento, es que, para estos salvajes, el concepto de tesoro era muy equívoco, y sus usos gramaticales exóticos confundían el sentido de lo que manifestaban en sus pocos contactos con la civilización. Al decir que uno buscaba el tesoro, estaba condenándose, por cuanto, culturalmente, para ellos, la idea de riqueza se asociaba al sacrificio, y más puntualmente, en el sentido de “tesoro” propiamente, se refería a cierta donación suprema a la deidad de sus fantasías. Ahora bien, aunque el Papa actual me censure, no podré afirmar que eran meras fantasías, sino que entiendo perfectamente que esos mitos mágicos son acontecimientos concretos en rincones remotos el fin del mundo.

Así, el Marqués, sin saberlo, se había puesto la soga al cuello, al enunciar que buscaba cierto tesoro, porque los Sechín habían interpretado que éste quería ser partícipe de su concepto de tesoro u honor, y fue demasiado tarde, cuando pudimos contemplar con un pavor que congelaba el corazón que, de la oscuridad de aquella cueva se asomaba la cabeza gigante de una especie de tortuga antediluviana que devoraba de un bocado al Marqués de Sepúlveda, mientras los indios celebraban la ofrenda y el sacrificio con que su visitante había sido ampliamente distinguido. Cumplo con relatar lo sucedido, de acuerdo a mi contrato, y reclamo que ningún precio posible podrá comprar la paz mental que me ha sido arrebatada luego de mi aventura con el infausto Marqués.